

FANTASÍA

Matilde Serao

Libros de
seda

PRIMERA PARTE



C A P Í T U L O 1

-Esta será la tarea de mañana —dijo el predicador, leyendo una hoja—: ofreceréis a la Virgen María el rencor que tengáis en el corazón y abrazaréis a la compañera de escuela, a la maestra, a la criada a la que creéis odiar.

En la penumbra de la capilla, se produjo un movimiento entre las alumnas mayores y las maestras: las pequeñas no se movieron. Entre estas últimas, algunas dormitaban, otras bostezaban ocultando el bostezo tras la manita: en sus caritas redondas se dilataba el aburrimiento. El sermón había durado una hora y las pequeñas no entendían nada. Tenían ganas de cenar y, después, de dormir. Ahora el predicador había descendido del pequeño púlpito y, sobre el altar, Cherubina Friscia, la maestra sacristana, encendía los cirios con la lamparilla. La capilla iba iluminándose poco a poco. Los semblantes pálidos y somnolientos de las niñas se volvían rosados bajo aquella claridad: detrás de ellas, las alumnas mayores, cuyos ojos parpadeaban ante el resplandor, permanecían inmóviles con el rostro relajado, lo que denotaba indiferencia. Algunas, agachando la cabeza, rezaban. Sobre estas cabezas inclinadas se proyectaba la luz de los cirios, que jugueteaba con las gruesas trenzas fijadas en la nuca, con algún que otro rizo rubio, en vano colocado en su sitio con horquillas. Luego, cuando toda la capilla se iluminó para rezar el rosario, el

grupo de alumnas, con vestidos blancos de muselina, delantales negros y cinturones de varios colores que servían para distinguir las clases, demostró cierta alegría, a pesar del cansancio y el aburrimiento que pesaban sobre toda aquella gente joven.

Lucía Altimare dio un suspiro profundo y el pecho se le hinchó.

—¿Qué tienes? —le preguntó en voz baja Caterina Spaccapietra.

—Me encuentro mal, me encuentro mal... —murmuró la otra con vaguedad.

—¿Por qué?

—Este cura me pone triste: no entiende, no siente a María.

Y las pupilas de los ojos, de un negro profundo en el iris azulado, se le dilataron, como presas de una visión. Caterina no respondió.

La directora entonaba el rosario, con voz grave y un agudo acento toscano. Decía ella sola el misterio y, después, todas las alumnas en coro la acompañaban en el *Gloria Patri*, en el *padre-nuestro*, con una estridencia de voces chillonas, con una ondulación de voces bajas. Ella decía el avemaría hasta la parte de «el fruto de tu vientre, Jesús»; las maestras y las alumnas lo retomaban desde ahí. La capilla se llenaba de cierto bullicio, pues las alumnas se entregaban a cada comienzo de oración con un gran arranque de voz, que ponía de manifiesto la efusividad de sus corazones ardientes: las niñas, en cambio, lo veían como un divertido juego y, mientras la directora decía, solitaria, su parte, ellas contaban el tiempo para entrar todas juntas, como un estallido. Se reían por lo bajo, empujándose las unas a las otras. Algunas se inclinaban hacia el respaldo de la silla que tenían delante, como encogiéndose, y tiraban del pelo a la compañera que estaba ahí sentada. Se oía el repiqueteo de los rosarios que se iban moviendo bajo las batas: no paraban de bromear.

Las mayores, detrás, demostraban una compostura ejemplar, bajo la mirada aguda de la directora, que las vigilaba. Esta última veía claramente que Carolina Pentasuglia tenía un clavel en el ojal, aunque en el jardín del colegio no crecía ningún clavel; que en el pecho, bajo la muselina del vestido de Ginevra Avigliana,

se entreveía un cuadradito, de una carta, evidentemente; que Artemisia Minichini, de cabello corto y mentón viril, tenía, como de costumbre, una pierna cruzada sobre la otra, en señal de desprecio por la religión: lo veía y lo intuía todo. Lucía Altimare, con los ojos bien abiertos y fijos en un cirio, con la boca fruncida hacia la derecha, rezaba, estremeciéndose de vez en cuando con temblores nerviosos. Junto a ella, Caterina Spaccapietra rezaba con tranquilidad, con la mirada perdida, el rostro inmóvil e inexpresivo. La directora repetía el avemaría sin pensar en su significado, distraída, preocupada, desvinculándose así, sin más, de su plegaria.

Entre las pequeñas, se difundía cierta agitación: se agachaban, se levantaban levemente de las sillas, hablaban en voz baja entre ellas, maltrataban los rosarios. Virginia Friozi guardaba en el bolsillo un grillo vivo, con un hilo de seda atado a la pata. Lo había cubierto con la mano para impedir que se moviera; luego, le había dejado asomar la cabeza por la abertura del bolsillo; después, lo había sacado y escondido debajo de la bata, y, por último, incapaz de resistirse más, se lo había enseñado a su vecina de la derecha y a la de la izquierda. Se había corrido la voz: las niñas estaban inquietas, contenían la risa, ya no contestaban a tiempo. De repente, el grillo se liberó del hilo y revoloteó, renqueante, en mitad del hueco que se abría entre las dos filas de sillas. Se produjo un estallido de júbilo.

—Friozi no irá al locutorio mañana —dijo la directora con severidad.

La niña se puso pálida al recibir aquel castigo tan duro que le impediría ver a su madre. Cherubina Friscia, la maestra sacristana, con ese rostro insulso y consumido propio de una solterona anémica, descendió del altar y confiscó el grillo. Hubo un momento de silencio y se oyó la voz ahogada de Lucía Altimare, que balbucía:

—María... María... María hermosa...

—Rece en voz baja, Altimare —la advirtió la directora con cierta dulzura.

Se retomó el rosario, sin interrupciones. En el *Salve Regina* todas se arrodillaron entre un enorme estruendo de sillas y las palabras latinas se recitaron a coro, casi clamando. Caterina Spacapietra había apoyado la cabeza en el respaldo de la silla de delante. Lucía Altimare se había dejado caer y había agachado la cabeza sobre la mimbre del asiento, con los brazos caídos, sobre-cogida.

—Te va a llegar la sangre a la cabeza, Lucía —murmuró la compañera.

—Déjame.

Las alumnas se pusieron en pie. Una maestra y una alumna habían subido al pequeño órgano para recitar las letanías de la Virgen. La maestra cantó un preludio sencillo, religioso. Su voz fresca, pura, de un timbre claro, se extendió, se difundió por la capilla, despertando a las que se habían quedado medio dormidas, una voz joven que rezaba, que invocaba:

—¡Santa María!

Y desde abajo, todas las alumnas, en tono menor, respondieron:

—*Ora pro nobis!*

La alumna que cantaría el resto parecía un ser de luz en la tribuna del órgano, con el semblante mirando hacia el altar. Era Giovanna Casacalenda, una muchacha alta, de figura espléndida bajo la batita blanca, de cabeza fuerte sobre la que se amasaba el cabello castaño, de ojos tan negros que parecían irreales. Estaba ahí arriba, como aislada, dando rienda suelta a la pasión de su rica juventud por medio de su voz melodiosa y suave, henchida de placer por cantar, pareciéndole que se liberaba, que vivía en aquel canto. Las alumnas se volvían para mirarla, presas de ese deleite por la música que es tan característico de la gente joven. Cuando la voz de Giovanna se amortiguaba, desde abajo se levantaba un coro con su respuesta:

—*Ora pro nobis!*

A ella la embargaba el triunfo. Tenía la cabeza erguida, los ojos de un negro maravilloso como aguas oscuras, la mano derecha

levemente apoyada en la balaustrada de madera, la otra suelta junto a la falda y el cuello blanco, que se le hinchaba como por un pálpito de amor: así entonaba las notas medias, subía hasta las agudas, fijaba ahí la voz, luego bajaba suavemente hacia las graves, moderaba el canto.

—*Regina angelorum!*

Un momento de silencio para degustar las últimas notas y, desde abajo, las voces infantiles de las jovencitas se entusiasmaron al responder:

—*Ora pro nobis!*

La cantante contemplaba el altar, pero parecía que veía algo del más allá, parecía que se manifestaba ante ella una visión, que oía una música que no podían oír las demás. De vez en cuando, su canto se percibía envuelto en un suspiro que lo caldeaba, hacía que se tornara ardiente; de vez en cuando, su voz se afilaba como un hilo de oro, como el trino dulce de un pajarillo. De vez en cuando, aquella voz parecía arrodillarse para convertirse en un murmullo, en un balbuceo delicioso.

—Giovanna ve el cielo —le dijo Ginevra Avigliana a Artemisia Minichini.

—O el teatro —respondió a lo bruto la otra, que no creía en nada.

Luego, cuando Giovanna llegó a las poéticas imágenes que llaman a la Virgen «Puerta del cielo», «Vaso espiritual», «Torre de David»,¹ un ímpetu nuevo transformó el canto en un himno. Dentro de la capilla, los semblantes de las niñas se sonrojaban por la beatitud de aquella música maravillosa: Caterina Spacca-pietra, como absorta, no respondía; Lucía Altimare, sin hacer ruido, sin sollozar, lloraba. Las lágrimas le caían por las mejillas, delgadas, por el mentón, protuberante, le llovían por el pecho, por las manos, se deshacían en su batita, y ella no se las secaba. Caterina le tendió a escondidas un pañuelo, pero la otra no lo tomó.

1. N. de la Trad.: Todos ellos son pasajes de las letanías de la Virgen.

El predicador, el padre Capece, subió al altar para dar la bendición. Las letanías finalizaban con el *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo: la voz de la cantante parecía presa de un agotamiento enorme. De nuevo todas las alumnas se arrodillaron y el cura rezó. En el órgano, Giovanna, arrodillada también, respiraba hondo.

Después de cinco minutos de plegarias silenciosas, sobre las cabezas agachadas resonó lento el órgano y pareció difundirse, desde una esfera elevada del cielo, una voz vibrante que magnificaba el sacramento con el *Tantum ergo*.² Giovanna ya no estaba cansada, sino que su canto le daba fuerzas, lleno de vida, majestuoso, fluctuando de una manera tan apasionada que parecía casi sensual. Un aura de amor soplaba sobre aquellas jóvenes cabezas y una sensación mística turbaba aquellos corazones. La escena se volvía solemne, por la agitación de la plegaria, por la bendición inminente: aquel instante supremo dominaba y aterrizaaba a aquellas muchachas en una postración dolorosa y exquisita. Entonces, cayó el silencio: una campanita dio tres toques. Por un momento, Artemisia Minichini se atrevió a alzar la mirada, ella sola, contemplando aquellos cuerpos abandonados en las sillas, mirando con descaro el altar y, presa de un temor pueril, la bajó. El divino sacramento, en su esfera de oro resplandeciente, levantado en las manos del cura, bendecía la iglesia.

—Me muero... —dijo Lucía Altimare.



Junto a la puerta de la capilla, en el largo pasillo iluminado con gas, las maestras aguardaban a reunir a las alumnas para conducirlas al refectorio. Una conmoción seguía patente en los rostros de todas, pero las pequeñas zarandeaban las piernas, se pellizcaban y chillaban, presas de esa alegría explosiva de la infancia que surge tras haber permanecido demasiado tiempo en un lugar

2. N. de la Trad.: Últimas dos estrofas del himno *Pange lingua*.

cerrado. Estiraban las piernas, se empujaban, se reían. Las maestras, corriendo un poco, gritando un poco, agarrándolas un poco por el brazo, implorando un poco, amenazando un poco, trataban de colocarlas en filas de dos. Se pusieron en marcha las más pequeñas, luego las grandecitas, luego las mayores.

En el pasillo resonaban estas voces:

—Las azules, ¿dónde están las azules?

—Aquí están todas.

—Falta Friozzi.

—¿Dónde está Friozzi, de las azules?

—¡Presente!

—A la fila de la izquierda, por favor.

—Las verdes, en fila las verdes, o mañana no habrá fruta en el almuerzo.

—Rápido, que ya ha sonado dos veces la llamada del refectorio.

—¡Federici, de las rojas, camine erguida!

—Señoritas blanco-verdes, suena por tercera vez la campana.

—¿Las tricolor están todas?

—Todas.

—Falta Casacalenda.

—Ahora viene: sigue en el órgano.

—Falta Altimare.

—¿Dónde está Altimare?

—Spaccapietra, ¿sabe dónde está Altimare?

—Hace un momento estaba aquí. Se habrá perdido en la confusión. ¿La busco?

—Búsquela y vuelva con ella al refectorio.

Así el pasillo se vaciaba y el refectorio se llenaba de alegría, se iluminaba.

Caterina andaba de acá para allá por los pasillos desiertos, con su paso rítmico, buscando a su amiga Altimare. Bajó a la calle. La llamó dos veces en el jardín: no hubo respuesta. Volvió a subir, sin pizca de impaciencia, habituada a estas búsquedas: entró en el dormitorio. Las camas blancas se alineaban bajo la cruda luz

de gas. Lucía no estaba. Una pequeña inquietud se manifestaba en el semblante rosado de Caterina. Pasó dos veces por delante de la capilla, sin entrar; a la tercera, se decidió, habiendo encontrado la puerta entreabierta. La iglesia estaba casi inmersa en la oscuridad. Una lámpara ardía delante de la Virgen; apenas disipaba las sombras. Se adentró, un poco atemorizada, a pesar de la templanza serena de su carácter: estaba sola, a oscuras, en la iglesia.

Sobre un peldaño frente al altar, sobre el terciopelo rojo de la alfombra, una forma blanca yacía tendida, con los brazos abiertos, la cabeza abandonada: era una figura espectral. Era Lucía Altimare, desmayada.



C A P Í T U L O 2

El abanico improvisado de Artemisia Minichini, hecho con una gran hoja de papel escrita, se agitaba con gran estruendo.

—Minichini, está molestando usted al profesor —dijo Friscia, la maestra asistente, sin levantar la mirada del ganchillo.

—Friscia, ¿no tiene calor? —preguntó con insolencia Minichini.

—No.

—Qué suerte tiene usted de ser tan insensible.

En la clase en la que las señoritas «tricolor» recibían sus lecciones de Historia de Italia, el bochorno de las horas centrales del día se hacía notar. Dos ventanas que daban al jardín, una puerta que daba al pasillo, tres filas de pupitres y veinte alumnas. Sobre un estrado alto, la pizarra y la butaca del profesor. Los pequeños abanicos se agitaban, con energía por aquí, con un movimiento cansado por allá. Alguna que otra cabeza se inclinaba sobre el libro, como somnolienta. Ginevra Avigliana miraba al profesor, fijamente, asintiendo con la cabeza, mientras su semblante mostraba una expresión distraída. Minichini, tras dejar el abanico, había abierto el monóculo y miraba de manera descarada al profesor con el mentón alzado; una necia con un mechón rizado sobre la frente, riéndose con aquella risa muda que irritaba a las maestras.

El profesor daba la lección en voz baja. Era pequeño, delgado, desgraciado: tendría unos treinta y dos años, pero su cara demacrada, cuya tez morena quedaba velaba por una palidez amarillenta propia de alguna enfermedad complicada, parecía la de un convaleciente. La suya era una cabeza grande de científico sobre un cuerpo miserable de enano; tenía el cabello tupido, salvaje, y ya le blanqueaban algunas canas; sus ojos se veían ora orgullosos, ora tímidos, y tenía una barba de un negro sucio, afeitada, sobre unas mejillas delgadas. En suma, la suya era una fealdad infeliz y taciturna. Hablaba, inmóvil, con la mirada gacha, moviendo solo la mano derecha. Sobre la pared, la sombra de esa mano parecía la de un esqueleto por lo fina y enjuta que era. Él daba la lección despacio, escogiendo las frases. Aquellas muchachas lo intimidaban, algunas porque eran inteligentes, otras porque eran impertinentes: todas porque eran mujeres. Su austeridad de estudioso se turbaba ante aquellos ojos luminosos, ante aquellas figuras agraciadas y juveniles; aquellos vestidos blancos que parecían un espejismo frente a un hombre severo al que le está prohibido soñar.

Un perfume intenso se esparcía por la clase, a pesar de que estuvieran prohibidos los perfumes: ¿de quién era? Al fondo, en la tercera fila de pupitres, Giovanna Casacalenda, sin leer, sin prestar atención, con los ojos entrecerrados, mordisqueaba una rosa con saña. Aquí delante, Lucía Altimare, pálida, cuyo suave pelo le caía sobre el cuello, con un brazo abandonado sobre el pupitre, sosteniéndose la frente con una mano, escondiendo los ojos, miraba al profesor a través de los dedos: de vez en cuando, se tocaba los labios de un rojo excesivo con un pañuelito de batista, casi como para atemperar la fiebre. El profesor notaba sobre su persona la mirada que se filtraba entre los dedos de Lucía Altimare y veía, sin mirarla, a Giovanna Casacalenda, que destrozaba la rosa con los dientecitos. Él permanecía imperturbable en apariencia, hablando sin cesar de Carmagnola³ y de la conjura de

3. N. de la Trad.: Francesco Bussone (1380–1432), conocido como Carmagnola, fue un militar que consiguió someter varias ciudades y llegó a ser gobernador de Génova.

Fiesco,⁴ contemplando, porque era lo que veía desde el ángulo en el que estaba, la cara tranquila de Caterina Spaccapietra, que anotaba la explicación con rapidez en su cuaderno de Historia.

—¿Qué es lo que escribe en su libro, Pentasuglia? —preguntó la maestra Friscia, que la espiaba desde hacía un rato.

—Nada —dijo esta, una rubia de pelo rizado, sonrojándose.

—Deme ese trozo de papel.

—¿Para qué? No hay nada escrito.

—Deme ese trozo de papel.

—No es un trozo de papel, maestra Friscia —dijo con audacia Minichini, tomando el papel como si fuera a entregárselo a la maestra—. Son dos, tres, cuatro, doce fragmentos que de nada sirven...

Y lo rasgó a pedazos, salvando a la compañera. Se hizo un silencio en la clase: temían por Minichini. La maestra agachó la cabeza, frunció incluso más los finos labios de mojigata que tenía y retomó el ganchillo, como si nada. El profesor parecía que no había entendido nada, mientras removía unos folios suyos, pero, por dentro, su espíritu debía de estar agitado. Sentía una curiosidad juvenil por saber qué pensaban aquellas muchachas, qué escribían en aquellas notitas, a quién dirigían de verdad su sonrisa cuando miraban hacia el busto de escayola del rey, con quién soñaban al ajustarse el cinturón tricolor en torno a la cintura. Pero el rostro apagado y los ojos de un gris falso de Cherubina Friscia, la supervisora, le daban miedo.

—Avigliana, repita la lección.

La jovencita se puso en pie y habló de los Visconti,⁵ rápidamente, mirando a la nada, como si fuera un papagayo bien adiestrado. Cuando le pidieron que hiciera algún comentario histórico, vaciló, respondió balbuceando: no había entendido nada.

—Minichini, repita la lección.

4. N. de la Trad.: Conjura orquestada en 1547 por Luigi Fieschi para tratar de apartar del poder de Génova a Andrea Doria.

5. N. de la Trad.: Dinastía que gobernó Milán durante la Edad Media y comienzos del Renacimiento.

—Profesor, no me la sé.

—¿Y por qué?

—Ayer fue domingo y salimos. No pude estudiar.

El profesor escribió una observación en su cuaderno. La jovencita se encogió de hombros.

—¿Casacalenda?

La interpelada no respondió. Se miraba con fijeza las manos blancas, como si fueran moldes de cera.

—Casacalenda, ¿quiere repetir la lección?

Aturdida, abriendo mucho sus ojos grandes, comenzó, tartamudeando cada palabra, distayéndose, confundiéndose, equivocándose en todo: el profesor le hacía sugerencias y ella las repetía, con su aire complaciente de persona joven, hermosa y fuerte. No sabía nada, no entendía nada y no se avergonzaba, conservando su placidez plástica, humedeciéndose los labios, soberbios como los de la diosa Diana, contemplándose las uñas rosadas. El profesor negaba con la cabeza, descontento, sin atreverse a gritarle a aquella espléndida y estúpida criatura, cuya voz tenía una entonación encantadora...

Él hizo dos o tres intentos más, pero la clase no había estudiado, por haber salido el día anterior. Así se explicaban las flores, los perfumes, las notas: las doce horas de libertad habían trastornado a las muchachas. Estas tenían los ojos hinchados de visiones: habían visto el mundo el día anterior. Él se encogió, confuso, mientras en la clase una sensación de vergüenza y respeto cerraba todas las bocas. Le gustaba tanto la ciencia de la historia: su sabiduría crítica era capaz de evaluar todo tipo de horizontes, tenías vastos ideales, y le dolía verse obligado a ofrecer sus conocimientos en migajas a aquellas niñas hijas de aristócratas, bonitas e indolentes, que no querían aprender nada. Todavía joven, la diligencia en sus estudios había hecho que se marchitara y envejeciera, y ahora, aquí, se alzaba ante él una juventud alegre y despreocupada, que quería vivir y no quería saber. Una amargura se le subía hasta los labios por culpa de aquellas criaturas temblorosas que despreciaban sus ideales: una amargu-

ra por no poder ser también él apuesto, vigoroso y derrochar indiferencia, para amar, para ser amado. La angustia le brotaba del corazón y le envenenaba las venas y el cerebro por verse obligado a embrutecer todo aquello que sabía ante aquellas jóvenes frívolas e inhumanas. Pero la tempestad que sentía amainó y nada salió, salvo un sonrojo leve que se manifestó en su mofletes, delgados.

—Ya que ninguna de ustedes ha estudiado —dijo despacio y en voz baja—, supongo que ninguna habrá hecho sus deberes.

—Altimare y yo los hemos hecho —contestó Caterina Spaccapietra—. No hemos salido —añadió, casi a modo de explicación, para no ofender a las demás.

—Entonces, lea usted su redacción, Spaccapietra. Trata de Beatriz de Tenda,⁶ me parece.

—Sí, de Beatriz de Tenda.

Spaccapietra se puso en pie y leyó con su voz pura y lenta:

—«La ambición siempre había dominado el ánimo de los Visconti de Milán, pues estos eran capaces de cualquier cosa por mantenerse en el poder. Uno que siguió la estela de sus predecesores fue Felipe María, hijo de Gian Galeazzo, que había sucedido a su hermano Gian María. Este, por interés, se desposó con Beatriz de Tenda, viuda de Facino Cane, condotiero. Beatriz de Tenda era una mujer virtuosa y muy adinerada, pero ya entrada en años. Le dio al marido en dote el dominio de Tortona, Novara, Vercelli, Alessandria, pero él, una vez apagado el deseo de riqueza, se aburrió de ella enseguida. La acusó de faltar a sus deberes como esposa por culpa de un tal Michele Orombello, escudero. Ya fuera cierta o falsa la acusación, ya fueran embustes o verdades los testimonios, Beatriz de Tenda fue apresada y llevada al patíbulo, junto con Michele Orombello, en el año 1418, cuando ella contaba cuarenta y ocho primaveras, pues había nacido en 1370».

6. N. de la Trad.: Beatriz de Tenda (1372–1418) se casó en segundas nupcias con Felipe María Visconti, último duque de la dinastía Visconti en Milán, el cual la tomó por esposa por su dinero. Poco después de la boda, este la acusó de adulterio y fue decapitada. Vincenzo Bellini compuso una ópera inspirándose en su vida.

Caterina ya había doblado el folio y el profesor seguía a la espera. Pasaron así dos minutos.

—¿No ha escrito nada más?

—No.

—¿Cómo? ¿Solo eso?

—Solo eso.

—Es una redacción que deja mucho que desear, Spaccapietra. No es más que la narración íntegra y sencilla del hecho histórico tal y como aparece en el libro de texto. En realidad, es incluso más sencilla. ¿No le suscita ninguna impresión el aciago final de Beatriz?

—No sabría decirle... —murmuró la alumna, pálida de pura emoción.

—Sin embargo, es usted mujer... Precisamente, les había mandado escribir sobre un tema con el que pudieran manifestar algún sentimiento noble, piedad, desprecio por la falsa acusación... ¿Qué sé yo? De esta forma, la historia de convierte en pura cronología. La redacción es árida: usted no es nada fantasiosa, Spaccapietra.

—Sí, profesor —respondió con humildad la joven, volviendo a tomar asiento, mientras las lágrimas le llenaban los ojos.

—Escuchemos a Altimare.

Lucía Altimare, como si despertase de un letargo, buscó un buen rato entre sus folios, con creciente cara de cansancio. Luego, leyó despacio, con un hilo de voz, arrastrando las sílabas, como arrollada por una invencible languidez.

—Más alto, Altimare.

—No puedo, profesor.

Y lo miró con ojos tan melancólicos que el hombre se arrepintió de la observación. Ella se tocó de nuevo los labios con el pañuelo, como si tuviera quemaduras, y prosiguió:

—... por la mala ambición de reinar. Era Felipe María Visconti una persona valerosa, ojos de halcón, caballero hercúleo y muy apuesto a caballo. Las muchachas que lo veían pasar, luciendo la cota de malla, la sobreveste de terciopelo sobre cuyo

pecho estaba bordada esa fascinante y astuta culebra, emblema de los señores Visconti, suspiraban, exclamando: «¡Qué gallardo!». Pero bajo tan gráciles apariencias (como siempre sucede en este aciago mundo, donde las apariencias son el burdo teatro de la vida), él ocultaba un alma perversa. ¡Oh!, desconfiad, mujeres dulces y afectuosas, de quien os ronde con modales corteses, con palabras seductoras, con exquisiteces del sentimiento: él os engaña. ¡Todo, todo es una mentira, todo es podredumbre, todo es ceniza! Bien lo sabe la infeliz Beatriz de Tenda, cuya lamentable historia narro.

»Esta era una joven viuda, mujer de costumbres íntegras, de figura estupenda: rubio el cabello como oro hilado; azules los ojos, dignos de reflejar la pureza del firmamento; blanca la piel, como el pétalo suave de la azucena. En su primer matrimonio con Facino Cane, condotiero, ella no fue muy feliz. Facino Cane, soldadito burdo, sediento de sangre, violento, habituado a las armas, al vino, al tosco habla de los campamentos militares, no podía ser el alma gemela de Beatriz. ¡Tendrá problemas todo aquel matrimonio en el que el hombre no entienda la poesía mística y el arcano sentimiento del corazón femenino! Son uniones desventuradas, de las que, por desgracia, abundan en la corrupta y doliente sociedad moderna. Facino Cane murió. La viuda lloró con sinceridad, pero su corazón, virgen de afecto, palpitó cuando conoció al valeroso y malvado Felipe María Visconti. El rostro de ella palideció como la luna cuando se arrastra, enferma, por las bóvedas del empíreo estrellado. Y lo amó con el fervor de toda su juventud, con la honestidad de un alma pía que sabe adorar al Creador a través de sus criaturas y unir el amor divino con el humano. Beatriz, pura y bella, se desposó con Felipe María por amor: Felipe María, alma sucia, se desposó con Beatriz por interés. Durante un tiempo, sobre el trono ducal, la augusta pareja fue feliz, desmintiendo el dicho popular que niega la felicidad a los príncipes. Pero esas flores de Himeneo⁷ eran venenosas y en

7. N. de la Trad.: Dios griego protector del matrimonio.

la hierba bañada por el rocío acechaba la serpiente, pérvido emblema de los más pérvidos Visconti.

»Obtenidas las riquezas de Beatriz, Felipe María, que no anhelaba nada más, se cansó de ella enseguida, como todo hombre de corazón árido y costumbres depravadas acostumbra a hacer. Había, asimismo, forjado una obscura relación con una tal Agnese del Maino,⁸ mujer pésima entre todas, y cada vez más lo acosaba el deseo de deshacerse de la esposa. Estaba en la corte de los Visconti el escudero Michele Orombello, manzanebo trovador, poeta, que se había atrevido a alzar la mirada hacia su señora, de quien estaba perdidamente enamorado. No correspondía la honesta mujer tal pasión, si bien la mala fe y la traición de Felipe María la hacían muy infeliz y casi justificaban que tomara represalias: tan solo se mostraba cortés ante el desafortunado enamorado. Cuando Felipe María se enteró de todo, se apresuró a encarcelar a Michele Orombello y a la casta esposa, acusándolos de infidelidad. Sometida a tortura, Beatriz resistió y se proclamó inocente. Michele Orombello, ya fuera porque era más joven y, por tanto, más débil ante el dolor o porque le habían aconsejado que confesara, por el bien de Beatriz, lo afirmó.

»Los jueces, viles siervos de Felipe María, temían su voluntad y condenaron al patíbulo a la más infeliz de las mujeres y al más desgraciado de los enamorados. Imagínennlo: la pía mujer sube al patíbulo, serena, besando el crucifijo donde el Redentor agoniza y muere por nuestros pecados. Luego, tras ver al joven escudero que, llorando, desesperado, sube con ella hacia el suplicio, le grita: «¡Yo te perdonó, Michele Orombello!». Y él: «¡Te proclamo la más inocente de las esposas!». Pero de nada sirve: la voluntad del señor debe cumplirse. El hacha corta la cabeza morena del escudero; Beatriz grita: «¡Jesús y María!», y el hacha corta la cabeza rubia. Un espectáculo miserable con el que todos quedan horrorizados. Pero nadie osa tachar de infame al temido Felipe

8. N. de la Trad.: Efectivamente, su amante dio a luz a Blanca María Visconti, que sería duquesa de Milán tras casarse con Francisco I Sforza.

María. Así es siempre la vida: se opreme la virtud y el vicio triunfa. Solo ante el Juez Eterno todo es justicia; solo ante Dios misedicioso, que dijo: «Yo soy la resurrección y la vida».

Un silencio profundo siguió a la lectura. Las alumnas se miraban entre ellas, de soslayo, consternadas. Caterina miraba a Lucía con ojos asustados y maravillados. Lucía permanecía de pie, pálida, sin aliento, altiva, con los labios fruncidos. El profesor guardaba silencio, muy pensativo.

—Es una redacción extensa, Altimare —dijo al fin—. Usted es demasiado fantasiosa.

De nuevo, silencio. Luego, la voz seca, maligna, estridente de Cherubina Friscia:

—Deme a mí esa redacción, Altimare.

Todas temblaron, presas de un terror ignoto.